

23 Dic., 1960

Reflector

LOS NIÑOS DE LA CARPA



Allá en la Plaza Lo Franco, donde la Universidad de Chile levantó su carpa con el objeto de poner al alcance de todos los sectores sus espectáculos artísticos, se ha iniciado quizás la etapa más importante de nuestro desarrollo teatral.

El espectador acostumbrado a las comodidades de las salas céntricas habrá reparado en la deficiente acústica que imposibilitaba escuchar algunos parlamentos de los actores o habrá protestado por la dureza de los asientos de las modestas sillas de madera. Pero si ha sabido observar, debe de haber advertido que el espectáculo más emocionante, dramático y tierno no estaba en el iluminado escenario, sino en la improvisada platea.

En medio de un público atento, respetuoso, de espontánea reacción, a mí me impresionaron los niños. Eran los mismos que a diario vemos corretear por terrenos baldíos haciendo pillerías, los mismos que, al observarlos en agresiva holganza, más de una vez el visitante extraño al barrio popular se habrá preguntado en qué irían a parar cuando la vida los convirtiera en hombres.

Bajo la carpa habían decenas de niños: los cabellos despeinados, los pies desnudos, sus rostros tiznados, las ropas remendadas. Miraban atentamente al escenario, trataban con dedicación de desentrañar la maraña de vida que allí se representaba, experimentaban encantadora sorpresa de asomarse a unas vidas extrañas que se desarrollaban ante sus ojos cautivados. Nunca vi un público más atento, nunca me contrastó más la displicencia de los espectadores acostumbrados al teatro, ni esa carnavalada absurda y postiza que son "los días de estreno".

Los niños de la carpa estaban viviendo un momento de magia: la magia del teatro. Algunos que ya habían asistido a la función anterior, anticipaban la acción a sus compañeros: "Ahora se les va a caer el melón", decían, o "el papá se va a morir" y en esa participación inocente de la trama de la pieza que se representaba, se concretaba lo más puro que el teatro tiene: hacer vivir al espectador las emociones de los protagonistas del drama.

No sé si será porque en cada niño vemos, ilusionados, la posibilidad de un mundo mejor; la esperanza de que en ellos triunfe lo que ya damos por fracasado en nuestra generación, que la visión de ese público infantil conmueve y atrae.

El Instituto del Teatro al armar sus carpas en plazas de barrios populares está dando el mejor regalo posible a los niños de Chile: la ilusión y la magia que pertenecen al reino del teatro. Y en nombre de ellos, de esos niños descalzos que se "cuelan" a las funciones del ITUCH yo me atrevería a pedir a la institución universitaria que al seleccionar su repertorio cuidara de presentar piezas que no signifiquen para ellos ver retratados en el escenario, su sórdida y diaria realidad. Que la carpa del ITUCH sea un lugar de distracción y de estímulo para alcanzar una vida mejor.

Es el deber y la responsabilidad de un teatro que se cobija bajo la andariega carpa de lona de los circos.